

El golpe de Estado en Honduras

Colaborador Invitado
REFORMA-MEXICO 1 Jul. 09

Abraham F. Lowenthal

El golpe militar contra el Presidente Manuel Zelaya, en Honduras, brinda una prueba temprana de la adhesión de la Administración Obama hacia su nuevo enfoque en las Américas, comprometido con el multilateralismo y la cooperación con socios latinoamericanos.

La Administración Obama rápidamente emprendió la tarea de mejorar las relaciones estadounidenses en el hemisferio al fortalecer la relación con México y desarrollar una alianza estratégica con Brasil; asumir la responsabilidad de las fuentes estadounidenses de algunas dificultades regionales; indicar que forjaría coaliciones nacionales para apoyar al comercio expandido y una reforma sostenible de la inmigración; mejorar de forma pragmática y caso por caso las relaciones con regímenes populistas; y proceder cuidadosamente a edificar una relación mutuamente respetuosa con Cuba, con miras a un acercamiento futuro sin abandonar las preocupaciones estadounidenses en torno a los derechos humanos.

¿Perdurarán estas iniciales acciones positivas? Honduras podría resultar ser una prueba difícil. En el pasado, una Administración estadounidense tras otra ha pregonado una nueva política, pero con demasiada frecuencia se han desvanecido estos enfoques nuevos: resistidos por los burócratas de carrera y los intereses especiales, o ambos, y eclipsados por las realidades regionales u otras preocupaciones.

Eso es lo que pasó en 1963, por ejemplo, cuando el Presidente electo Ramón Villeda Morales fue depuesto en Honduras y puso a prueba la determinación de la Administración Kennedy para implementar su política anunciada de no reconocer a Gobiernos instalados por la fuerza. Washington suspendió las relaciones diplomáticas inmediatamente después del golpe, pero las restauró menos de dos meses después, no sin reconocer y avenirse al régimen militar anticomunista. Esta secuencia contribuyó a la llamada Doctrina Mann de 1964, que abandonó la insistencia estadounidense en la democracia.

Quienes se muestran escépticos de que el enfoque Obama hacia Latinoamérica perdure, apuntan a algunas señales iniciales. Los indicios de parte de la nueva Administración de que respeta el derecho de los

países latinoamericanos a diversificar sus relaciones internacionales pareció contradecirse cuando la Secretaria de Estado Hillary Clinton expresó preocupación sobre la creciente presencia de China e Irán en la región. El llamado del Presidente a un nuevo inicio con Cuba fue seguido por la resistencia estadounidense a revertir la expulsión de Cuba de la OEA.

La promesa inicial de Obama de que una reforma inmigratoria exhaustiva sería una prioridad del primer año de su mandato pronto cedió lugar a un compromiso de sólo iniciar consultas sobre el tema este año. Después de que la nueva Administración reconoció la necesidad de regular la exportación de armas pequeñas de Estados Unidos a México, el Presidente sugirió que, políticamente, esto era poco realista. Ninguno de estos indicios es necesariamente definitivo (lo de revertir la expulsión de Cuba de la OEA fue hábilmente resuelto mediante un arreglo diplomático, por ejemplo), pero todos despertaron dudas.

Ésas han sido exacerbadas por el enfoque de la nueva Administración a las políticas comerciales, que ha sido confuso en el mejor de los casos: rechazar el proteccionismo, pero aceptar una cláusula de "comprar lo estadounidense" en la legislación de estímulo económico, y expresar su disponibilidad para proceder con los Acuerdos de Libre Comercio para Colombia y Panamá, pero posponer la toma de acciones. La Administración ha hablado mucho de cooperar en materia energética con Brasil, pero ha mantenido el subsidio para los productores estadounidenses de etanol basado en maíz y un alto arancel sobre el etanol importado. A pesar de pregonar una relación mejorada con México, permitió que venciera el programa experimental para que los camioneros mexicanos entraran a Estados Unidos, lo que hizo que éste incumpliera una cláusula importante del TLC.

Sin embargo, aún es posible que los primeros pasos de la Administración Obama para reformar los enfoques estadounidenses hacia Latinoamérica puedan sostenerse. La visión regional del nuevo equipo titular de políticas parece bien alineada con la de la burocracia de carrera especializada en asuntos latinoamericanos y los enfoques a la política latinoamericana de la Administración también encajan bien tanto con sus prioridades nacionales como con su amplio enfoque internacional.

Además, varios grupos de interés que se oponen a las políticas de la Administración (notablemente el sector de línea dura de la comunidad cubanoestadounidense en Florida y el grupo que cabildea a favor de las armas) han sido debilitados por las elecciones del 2008 y las corrientes de opinión que reflejan. Los electores hispanos/latinos fuera de la comunidad cubanoestadounidense también han cobrado influencia, y generalmente apoyan los cambios de políticas que propone la

Administración Obama.

Por lo tanto, Obama podría tener espacio para maniobrar en lo que a la política latinoamericana se refiere.

Una Administración que entiende la importancia continua de Latinoamérica para Estados Unidos y que tiene una visión estratégica incipiente para las Américas debe repeler las presiones que podrían socavar su esfuerzo prometedor de renovar la cooperación interamericana.

La crisis en Honduras brinda una oportunidad para reafirmar las políticas de Obama en el Hemisferio Occidental al apoyar procesos multilaterales e institucionales, atenerse a la Organización de Estados Americanos y su Carta Democrática Interamericana, y fomentar el liderazgo latinoamericano.

Ésta es, como diría Rahm Emmanuel, una crisis a la que se le puede sacar provecho.

El autor es es catedrático de relaciones internacionales en la Universidad del Sur de California y presidente emérito del Consejo del Pacífico sobre Política Internacional.

Traducción: Lynn Syrett.